

LA MUJER Y LA NADA

Dilema o dualidad indisoluble constatada desde el inicio de los tiempos, yo me pregunto por qué sin ellas no somos nada y a la nada se las ha relegado en todas las épocas y culturas, por qué...Y tengo algunas respuestas propias, no científicas, fruto de la reflexión, de la experiencia, de la búsqueda del sentido, del amor. Sabiendo que no sé nada y que la nada puede ser el germen del todo, quisiera sacar afuera mis dudas, mis ocurrencias, más que nada porque me queman, arden conmigo al contemplar la injusticia: qué hemos hecho, cómo lo hemos permitido.

Primero, Dios y el origen, fuerza sobrehumana o sustrato de todas las cosas, a nosotros nos enseñaron a imaginario con barba y señalando con el dedo índice el camino a seguir. Luego vino la Creación, el paraíso y la dichosa costilla. Ahí empezó la aberración, la historia de los hombres para los hombres. Pecado, sexo, deseo, instinto, ramas de un mismo árbol, afluentes del río de la vida cuyo nacimiento tenía lugar en el útero. Ellos la veneran, ellos la condenan, como colocar un dulce al alcance de un niño y luego maldecir al dulce y castigar al niño que se lo ha comido. A continuación, Dios se hizo carne y huesos también alumbrados por una madre virgen y afligida que permaneció en un segundo plano viendo como su hijo asumía el mayor de los sacrificios para redimir a toda la humanidad. Protagonista y actriz secundaria, héroe y doncella de un cuento que escribieron unos apóstoles, ese grupo de amigos que se reúnen para hablar de sus cosas, siempre desde una óptica concreta, sin pedir la opinión de los diferentes, más que nada porque los diferentes no tenían derecho a opinar. Pero bueno, no puedo entrar en la casa del vecino y decirle cómo tiene que decorar sus paredes, además, tendría argumentos suficientes para rebatir tal crítica, principalmente que ellos no contaron lo que quisieron sino lo que ocurrió. El caso es que, tras las Sagradas Escrituras y los dictámenes morales de varones predilectos, la religión se oficializó y necesitaba una cabeza visible, un representante en la tierra, y, cómo no, también debía tener rasgos masculinos, igual que su séquito de pastores. Entonces me ronda una cuestión: no ha sido ésta una forma de instaurar una escala de mando y de asignar roles a cada uno según su género; eso por no hablar de las barbaridades cometidas contra la mujer en nombre del Bien y como marioneta del Mal.

Más allá de fábulas y creencias religiosas, hay una historia, una serie de hechos constatables que albergan vergüenza y dolor, hombres que han tomado decisiones y mujeres que no han podido hacer otra cosa que obedecer y asumir ese estado de cosas. Durante siglos a la sombra de sus propios maridos e hijos, criándolos y cuidándolos para luego ser puestas en cuarentena por sus debilidades y sus inclinaciones hacia lo sensible, hacia lo natural. Ellos trabajando, cazando, recolectando, luchando y dirigiendo,

ellas en casa, en la cocina, en la salita de estar, con los hijos, con los ancianos, con los heridos, en la nada, donde no hay proyecto, ni autonomía, ni poder, sólo servicio y abnegación. Ellos se hicieron con el mando de los gobiernos, de los campos y de las fábricas en una sociedad patriarcal que a ellas las dejaba al margen, reclusas en el ámbito doméstico. La educación, la cultura, la riqueza intangible era también terreno vedado de los cabezas de familia, y, hasta no hace mucho, sólo de los acomodados, los que podían hacer con su dinero algo más que comer. Incluso la ley estaba trazada a expensas del varón, siendo éste el benefactor y el beneficiario, el abogado defensor y el fiscal, el juez y el representante, el honorable y el preceptor de los honorarios. Todos los resortes dispuestos para el ultraje, la sustracción de derechos, el desarme de lo femenino, de su dignidad y su acción. *Si no tengo voz ni voto, qué narices estoy haciendo aquí.* Eso mismo se preguntarían muchas de aquellas que empezaban a adquirir conciencia de la situación, de su jaula invisible, del menosprecio y de la mordaza. Un ninguneo implacable a lo largo de los tiempos y sin límites fronterizos ni banderas ni color.

Y la historia desembocó en un presente, en una hemorragia intermitente de luces y sombras, de conquistas y fracasos. Se abrieron puertas, se niveló la balanza a base de lucha y reivindicación, las mujeres quisieron saber, decidir y participar, y lo consiguieron, no sin dejarse la vida en ello. Llegó el sufragio universal, la educación sin distinción por sexo, el reparto de tareas, la ascensión a cargos directivos, etc. Ya era hora de hacer justicia, de darle a cada uno lo que es suyo, de tener la oportunidad de hacerse, de encontrarse, de engrandecerse sin el consentimiento o la condescendencia del hombre. Pero no comieron tantas perdices porque el dolor no desapareció por completo, cicatrizaron heridas y asomaron otras, el abuso y la discriminación han seguido estando ahí de forma más o menos evidente. Ellas son las más castigadas en las estadísticas de desempleo; cuando encuentran trabajo está peor remunerado y no tardan en aparecer trabas si están embarazadas o si tienen hijos; la mayor parte de los puestos de relevancia en política y en los negocios son ocupados por hombres; por no hablar de la lacra de la violencia machista que sigue presente subyugando su dignidad y cobrándose un gran número de víctimas cada año. Es intolerable que siga habiendo tanta permisibilidad con todo esto, que a estas alturas de la película algunos idiotas se crean con derecho a juzgar sus comportamientos, a utilizarlas para su provecho o goce, o a vetarlas en determinados espacios.

Con todo, más que realizar una crítica lo que quería más bien era salpicar de interrogantes, mostrar esta incredulidad que me atiza, poner en entredicho lo que vi o lo que me quisieron hacer creer que veía, fundamentalmente para reivindicar lo que es de ellas, lo que nunca les debieron arrancar.

Cielo y Dios radican en un acto de fe, pero nuestro origen inmediato, nuestra existencia, no requiere de tanta osadía, sólo hay que mirar y sentir. Antes de escudriñar en busca de una esencia podemos constatar una suerte de conexión física y un inicio en las entrañas de una mujer, así que por qué ir más allá si tenemos la explicación más acá. Gracias a su útero, a sus latidos, a su trasfusión de alimento, a su hospitalidad, gracias a las madres todos somos hijos, y no al revés. Por lo tanto, ya de entrada siempre hubo una cuenta pendiente. Luego el embrión dejó de ser proyecto para convertirse en realidad personal, en ser sociable y enfrentado al mundo, y qué habría sido de él sin su regazo, sin ese vínculo sanador, sin sus cuidados y su calor. Detrás de cada niño no sólo hay un progenitor, también hay una atención, una casa, una cuna. Madres que han criado y han dispuesto el espacio de nuestra infancia; madres que han trabajado sin descanso dentro y fuera para que la vida siguiera su curso; madres a las que se ha negado una autonomía porque tenían el cometido ya predeterminado; madres que ignoraban la respuesta y por eso nunca hicieron la pregunta; madres que cometieron el error de inculcar la misma podrida enseñanza a sus hijas. Así llegamos al quid de la cuestión, educar es la clave, saber, conocer, aspirar...todas esas cosas habrían evitado el dolor y la discriminación, todas esas cosas nos habrían unido en nuestra diferencia. Conocer es respetar, construir, amar, y si yo soy lo que soy es por ellas, y sin ellas tampoco habrá un mañana. Faltas tenemos todos y todas, pero no por ser hombre o mujer es mayor o menor la deficiencia. En definitiva, me niego a continuar por aquella senda bifurcada, me niego a llevar distintas lentes dependiendo del sujeto observado, me niego a asumir costumbres rancias y crueles, me niego a ser heredero de la ignorancia perversa, me niego a ser el hombre que dio la espalda a su madre y no fue compañero de su mujer. Todo lo demás está aún por hacer.